Renée palideció por segunda vez.

Lazarine se encogió de hombros.

—¡El suicidio—exclamó—¡matarse á la edad del señor de Gordes, con su título, y su fortuna!.... ¡matarse porque ama ó cree amar á una mujer que ha muerto! Si el conde lo hace será un loco rematado, y yo no compadezco á los locos.

—Querida mia—murmuró Roberto,—eres muy cruel con el pobre Raoul.

—¿Quereis que os diga una cosa?—replicó.—No me acaba de agradar este romántico y tétrico jóven. Habia formado de él otra idea muy diferente. Su desesperacion exagerada y su pálida fisonomía, me parecen de mal gusto. He hecho esfuerzos sobrehumanos por distraerle, y apenas me contestaba. La pobre Julia creo ya que ha debido morir, no del remordimiento, sino del tédio, del fastidio que ha de causar iududablemente la presencia contínua y y diaria del conde de Gordes.

—¡Por Dios! Lazarine..—dijo el marqués en tono de dulce reproche.

—¿No me dais la razon? En hora buena. Guardaré silencio, pero no por esto se entienda que varío de modo de pensar.

—Estoy seguro de que vuestra hermana no piensa como vos en este particular.

—A mi edad no tengo conocimiento suficiente del mundo para juzgar á los hombres y á sus hechos.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—Sin embargo..—indicó Roberto.

—Está dicho—replicó Renée.—No he formado opinion, ni deseo formarla.

Estas palabras pusieron fin á la conversacion.

El marqués, contrariado por esta discusion. y mas aún por las sombrías resoluciones que atribuían á Raoul, cogió distraidamente los periódicos y volvió á comenzar su interrumpida lectura.

Las dos hermanas se retiraron á sus habitaciones, y Renée, encontrándose en su gabinete, dió rienda suelta á las lágrimas de cólera y despecho, que inundaron su rostro como la lluvia que arrojan las nubes en un dia de tormenta.

Este despecho, aunque mal justificado, era consecuencia lógica del carácter de la jóven.

Cuando Renée supo que la prematura muerte de Julia habia devuelto al conde de Gordes su libertad, pensó:

—Es el síno quien me lo envia. Aunque parezca empresa difícil, procuraré borrar del corazon de Raoul la imágen de su amada; en su lugar colocaré la mia, y andando el tiempo, llegaré á ser la condesa de Gordes.

Las breves pero significativas palabras cambiadas entre Renée y el conde; la profunda y marcada emocion que éste experimentó ante

una muestra de simpatía; su constante distraccion mientras hablaba Lazarine, y las miradas que contínuamente habia dirigido á su hermana, eran datos ciertos para que ésta alimentára alguna esperanza.

Hubo un momento en que su corazon, oprimido siempre por la envidia, respiró con desahogo en vista de la probabilidad de una conquista.

Pero en seguida se disiparon sus sueños, y se encontró con la triste y descarnada realidad.

Se engañó á sí misma y se hizo juguete de sus fantásticas ilusiones.

El señor de Gordes se ausentaba de Venecia al dia siguiente; ya no le volvería á ver mas.

Esta ausencia, ó mejor dicho huida, parecia á Renée una traicion de la suerte, y al propio tiempo un desprecio del hombre cuya fortuna codiciaba.

De aquí su cólera; de aquí sus lágrimas.

Renée se creyó durante el resto del dia, y en las horas de insomnio de la noche siguiente, la mujer mas desventurada del mundo. Acusaba á todo el género humano como autor de innumerables heridas inferidas á su orgullo, y sin fé en el porvenir maldecia su belleza, que hasta el presente no le habia servido para realizar sus fines.

—Prefiero la muerte á vivir de este modo—

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

decia asomada á un balcon que daba al gran canal, pensando quizá buscar en el fondo de sus aguas el descanso eterno y el término fatal de sus desventuras.

Fácil será, pues, comprender lo que pasó en su alma cuando al siguiente dia, á eso de las tres, encontrándose en el salon de la víspera, oyó al ayuda de cámara anunciar:

—El señor conde de Gordes.

Lazarine quedó sorprendida.

El marqués dió un grito de alegría.

Renée se estremeció.

—Vuelve—dijo,—¡él, que no queria volver!... Y vuelve á pesar suyo, dominado por una fuerza superior á su voluntad. ¡Vuelve solo por mí!.... Mia es la victoria.

Este cambio repentino del desaliento profundo á la realizacion de una esperanza, conmovió visiblemente á la jóven.

Su turbacion no fué, sin embargo, advertida del marqués, ni de su esposa, pero no pasó desapercibida á la mirada perspicaz de Raoul.

—Querido amigo—dijo Roberto cuando vió entrar á éste,—en vista de lo que ayer dijísteis, no os esperaba. Pero me alegro que hayais cambiado de resolucion.

—He seguido vuestros consejos.

—¿No marchais á Florencia?

—Nó. A no ser que os vayais de Venecia

con estas señoras. Mientras esteis aquí, aprovecharé los cariñosos ofrecimientos que me hicísteis ayer.

—Esta casa es vuestra—replicó el marqués, —os la vuelvo á ofrecer, y teneis en nosotros una nueva familia.

—Roberto es profeta sin saberlo—pensó Renée dominando la situacion y dejando asomar entre sus purpurinos labios una sonrisa de orgullo por largo tiempo comprimida.

XL

¿Qué cúmulo de circunstancias se habian interpuesto en el camino del conde de Gordes para hacerle decistir de aquellos propósitos de soledad y aislamiento que parecian inquebrantables?

¿Iban á realizarse las ambiciosas esperanzas de Renée? ¿La imágen de la baronesa de Brainés habia encontrado ya quien la reemplazase en el corazon de su amante?

Es prematuro suponer un cambio tan brusco en el carácter noble y leal de Raoul.

Pero el jóven habia planteado la tésis siguiente, que puso á discusion durante una noche entera de insomnio.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—Esta hermosa niña tiene el aire, la figura y hasta los modales de la mujer que he perdido para siempre. Al verla de improviso, me he forjado la ilusion durante unos instantes de que tenia delante de mis ojos á Julia. Este vago parecido, que tal vez solo exista para mí, ha hecho latir violentamente mi corazon. ¿Por qué renunciar á la vista y contemplacion de este adorado fantásma, que tan gratos recuerdos evoca en mi mente? Volveré á verla.

Esto explica como Raoul, á quien se creia lejos de Venecia el dia que estaba designado para partir, se presentó en el palacio *Cavello*, viniendo á encender en el pecho de Renée el fuego que ésta daba por apagado.

Su visita fué mas larga que la víspera.

El señor de la Tour du Roy trató de obligarle á que les acompañase á la mesa.

El conde no aceptó.

Pero volvió al dia siguiente, y no rechazó la invitacion que reiteró el marqués.

Desde entonces las visitas se hicieron diarias. y muchas veces, despues de haber dedicado á la familia de la Tour du Roy gran parte del dia, les consagraba tambien la noche.

La presencia de Renée llegó á ser para él a necesidad, no porque hubiera dejado interesarse su corazon, sino porque, como consecuencia del estado psicológico de su alma, per